

*Una de las realidades que genera no solo intentos de explicación sino que provoca ulteriores investigaciones es el tema de la razón y la fe.*

*De qué trata, en el fondo este tema ¿Es un asunto para especialistas, un intento de renovar una disciplina en crisis, la filosofía, y, por tanto, interesante sólo para filósofos, o plantea una cuestión que nos afecta a todos?*

*En el mundo académico y de la investigación conviene preguntarse: ¿necesita la fe realmente de la filosofía, o la fe es completamente independiente de la existencia o no existencia de una filosofía? Si se contempla la filosofía sólo como una disciplina académica entre otras, entonces la fe es de hecho independiente de ella. La filosofía se pregunta si el hombre puede conocer la verdad, las verdades fundamentales sobre sí mismo, sobre su origen y su futuro, o si vive en una penumbra que no es posible esclarecer y tiene que recluirse en la cuestión de lo útil. Lo propio de la fe cristiana en el mundo de las religiones es que sostiene que nos dice la verdad sobre Dios, el mundo y el hombre, y que pretende ser la religión de la verdad.*

*La cuestión de la verdad es la cuestión esencial de la fe cristiana, y, en este sentido, la fe tiene que ver inevitablemente con la filosofía. El cardenal Ratzinger decía: “Si debiera caracterizar brevemente la intención última, diría que ésta quisiera rehabilitar la cuestión de la verdad en un mundo marcado por el relativismo; en la situación de la ciencia actual, que ciertamente busca verdades pero descalifica como no científica la cuestión de la verdad”. Este tema permite animar de nuevo a la aventura de la verdad. De este modo, trata de lo que está más allá del ámbito de la fe, pero también de lo que está en el centro de la fe.*

*Se verifica que en el trasfondo de una interpretación histórica de los hechos hay una filosofía, una actitud apriórica ante la realidad que nos dice: no tiene sentido preguntar sobre lo que es; sólo podemos preguntar sobre lo que podemos hacer con las cosas. La cuestión no es la verdad, sino la praxis, el dominio de las cosas para nuestro provecho. Ante tal reducción, aparentemente iluminadora del pensamiento humano, surge sin más la pregunta: ¿qué es propiamente lo que nos favorece? ¿Para qué existimos nosotros mismos? El observador profundo verá en esta moderna actitud fundamental una falsa humildad y, al mismo tiempo, una falsa soberbia: la falsa humildad, que niega al hombre la capacidad para la verdad, y la falsa soberbia, con la que se sitúa sobre las cosas, sobre la verdad misma, en cuanto erige en meta de su pensamiento la ampliación de su poder, el dominio sobre las cosas.*

*También se constata una cierta disputa entre la fe cristiana y un tipo de cultura moderna. La disputa con la cultura moderna, la disputa sobre la verdad y el método, es la primera veta fundamental del tejido de esta reflexión. Pero la cuestión sobre la verdad y la cultura se presenta aún bajo otro aspecto, que se remite sustancialmente al ámbito propiamente religioso. Hoy se contraponen de buen grado la relatividad de las culturas a la pretensión universal de lo cristiano, que se funda en la universalidad de la verdad.*

*Como científicos y llamados a ser “homo sapiens” la búsqueda de la verdad es un movimiento, en el que siempre se está confrontando la escucha de la Palabra proclamada y la búsqueda de la razón. De este modo, por una parte, la fe se profundiza y purifica, y, por otra, el pensamiento también se enriquece, porque se le abren nuevos horizontes. En este sentido la filosofía debe estar atenta a los conocimientos empíricos, que maduran en las diversas ciencias, y también debería considerar la tradición de las religiones y en especial el mensaje de la Biblia, como una fuente de conocimiento del que ella se deja fecundar. De hecho, no hay ninguna gran filosofía que no haya recibido de la tradición religiosa luces y orientaciones, ya pensemos en la filosofía de Grecia y de la India, o en la filosofía que se ha desarrollado en el ámbito del cristianismo, o también en las filosofías modernas, que estaban convencidas de la autonomía de la razón y consideraban esta autonomía como criterio último del pensar, pero que se mantuvieron deudoras de los grandes temas del pensamiento que la fe cristiana había ido dando a la filosofía: Kant, Fichte, Hegel, Schelling no serían imaginables sin los antecedentes de la fe, e incluso Marx, en el corazón de su radical reinterpretación, vive del horizonte de esperanza que había asumido de la tradición judía. Cuando la filosofía apaga totalmente este diálogo con el pensamiento de la fe, acaba en una “seriedad que se va vaciando de contenido”. Al final se ve impelida a renunciar a la cuestión de la verdad, y esto significa darse a sí misma por perdida. Pues una filosofía que ya no pregunta quiénes somos, para qué somos, si existe Dios y la vida eterna, ha abdicado como filosofía.*

*Los que estamos de estado del occidente como creyentes debemos salir al paso ante el peligro de tal enmudecimiento, con la franqueza intrépida de la fe, un amor fecundo por la verdad y la solidaridad con la humanidad.*

Dr. Juan Roger Rodríguez Ruiz

Editor Jefe de la Revista Científica In Crescendo.